

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

Viaje por la Barcelona taurina

El Paseo Editorial

el paseo | memoria

El Paseo Editorial

Salvador Balil Forgas

Viaje por la Barcelona taurina

Evocaciones de un aficionado

I Premio de literatura taurina
Enrique Ponce-Club Allard

el paseo, 2019



Este libro, *Viaje por la Barcelona taurina*, de Salvador Balil Forgas, resultó ganador de la I Edición del Premio de Literatura Taurina «Enrique Ponce-Club Allard», tras deliberación celebrada el día 15 de enero de 2019, en la sede de Club Allard, por un jurado presidido por Enrique Ponce, y formado por los vocales Andrés Amorós, Rafael Cabrera Bonet, Antonio Chávarri, Miguel Ángel Martín, Gonzalo Santonja, Pilar Vega de Anzo, François Zumbiehl, y el editor David González Romero, representando a El Paseo editorial.

© Salvador BALIL FORGAS, 2019
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2019

FOTOGRAFÍAS: Archivo del autor y autorías y archivos indicados en pies de fotos.

www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: abril de 2019

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-949760-3-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-XXXX-2019
CÓDIGO BIC: WQ; BM; ASZX

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

*A Lucas, Jasmin, Eugenio, Lola, Hugo, Sofía
y Pablo, mis nietos, para que conozcan y
aprecien los valores de la Tauromaquia.*

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

A principios del siglo pasado, Barcelona era la ciudad de España que más exaltaba y más afición tenía al toreo.

Rafael el Gallo

Quien niega las hondas raíces que tiene la tradición taurina en Barcelona es porque desconoce la realidad histórica.

Pascual Maragall

El Paseo Editorial

Índice

Nota del autor	13
PRIMERA PARTE. REFLEXIONES SOBRE EL ARTE DE TOREAR	21
Se vive la corrida como se es	23
Los cánones. Su ética y esencia romántica	27
La torería	35
El concepto y el estilo	43
En homenaje a Joselito el Gallo y Juan Belmonte	46
SEGUNDA PARTE. HUELLAS EN MIS ADENTROS	51
<i>Don Tancredo</i> . Mi héroe real... y de ficción	53
Conchita Cintrón. La Diosa Rubia	61
Domingo Ortega. Algo más que un cuarto canon	71
La profecía de Belmonte	77
Juanito Belmonte Campoy. El peso de un apellido	86
Andaluz. Un torero sevillano, «pero» de Triana	90
Pepín Martín Vázquez... Y Currito de la Cruz	93
Ángel Luis Bienvenida. Un torero para sublimar la torería	97
Manolo González. Pura escuela sevillana	102
Manolo Vázquez. El toreo «explicao»	106
Rafael Ortega. En busca del toreo puro	110

Julio Aparicio. Un torero madrileño... <i>de</i> Barcelona	114
Antoñete. Torero de toreros	117
Jaime Ostos. Vivir de milagro	124
Paco Camino. El niño sabio de Camas	127
TERCERA PARTE. BARCELONA: APUNTES HISTÓRICOS	131
<i>Potrico</i> . Casta y Bravura.	133
Mario Cabré. Torero, poeta, actor... y romántico	136
Bernadó y Chamaco. Dos nombres en la historia de una ciudad	143
José Falcón. Morir por un natural	150
Lucio Sandín. Príncipe del toreo	154
Canales Rivera. Y un toro de Murteira	159
Don Pedro	163
Pedrucho, símbolo de una Barcelona que ya no existe	167
Domingo del Campo, <i>Dominguín</i> .	
Morir en brazos de un picador	170
Badila. <i>El</i> picador	173
Plaza de Toros Las Arenas	176
El Torín. Primera plaza de toros estable de Barcelona	184
Plaza de Toros Monumental	189
Epílogo	195
Bibliografía citada	199

Nota del autor

ESTE libro está escrito en Barcelona, ese viejo emporio del arte taurino que, aparentemente, ha quedado sin vida. Pero no es cierto: su Plaza, herida en lo más hondo, no ha perdido la fe en que los toros han de volver. Y más, teniendo ahora la ley a su favor.

No se trata de una historia de la Tauromaquia en Cataluña o de la Monumental de Barcelona —eso ya lo han hecho recientemente otros autores de forma muy completa y meritoria—,¹ sino de una forma personal de entender ciertos conceptos de la misma, con sus valores, acompañada de viejos recuerdos que han brotado, al relance, hurgando en los adentros de mi memoria. He seleccionado tan sólo unos pocos, por ser, quizás, los que más profunda huella emocional me dejaron.

Mi primer recuerdo taurino se remonta al 27 de junio de 1944, día que mi padre me llevó por primera vez a los toros. Faltaban dos meses escasos para que yo cumpliera los 7 años. Como es lógico, sólo puedo recordar pequeños detalles, pero sí me acuerdo bien del cartel² y de lo muy emocionado que estaba.

¹ Raúl Felices. *Catalunya Taurina*. Ediciones Bellaterra. 2010. José Luis Cantos. *La Monumental de Barcelona*, en tres tomos. Editorial Círculo Rojo, 2011, 2014, 2016.

² El cartel estaba formado por Domingo Ortega, Gitanillo de Triana y Manolete, con toros de Vicente Charro. Como anécdota, a Manolete se le permitió alterar el turno normal de la corrida, alegando «tener prisa», pues tenía que coger un tren para Alicante. Pero le costó descabellar y fue «doblemente» abroncado: por lo mal que descabelló, y por abandonar la plaza antes de que saliera el sexto toro.

Como el bar de la plaza estaba siempre a rebosar, mi padre solía tomar café y coñac en el «SOL Y SOMBRA», ya desaparecido, ubicado en la esquina de Gran Vía con Marina, a la altura de la Puerta Grande, enfrente de la Plaza. Y recuerdo que me daba el terrón de azúcar de su café en una cucharilla, deshaciéndose en coñac, para calmar los nervios y la emoción del momento. Un momento entrañable, que, en este caso, precedió a una tarde de toros que condicionó mi vida, pues en ella prendió la llama inextinguible de mi afición.

En la relación entre un padre y un hijo, por buena que sea, siempre hay que salvar un escollo natural, por el mero hecho de pertenecer a generaciones distintas. Para estrechar esta relación, es importante que existan ciertos vínculos entre ellos, de carácter sentimental, como defender una causa o compartir una afición. Son vínculos que perduran y no mueren. Con los toros sucede esto, de un modo especial. Así, muchos aficionados tienen un imborrable recuerdo de la primera vez que se asomaron por la boca de un tendido, de la mano de su padre, y se encontraron ante la visión del ruedo, con su aura inquietante de misterio. Y no digamos del recuerdo del primer paseíllo, con los alguacilillos al frente y las mulillas de arrastre al final, con su repicar de cascabeles, todos al son de la música. No hay otro espectáculo que, ya en los primeros compases, produzca un mayor impacto emocional, y más en un niño. Conscientes de eso, los políticos catalanes cortaron este vínculo de raíz, prohibiéndoles la entrada, con una alevosa y «certera» estrategia. Y, como ya saben, esto fue sólo fue el principio.

Todos los toreros que van apareciendo en este libro ya son historia: la mayoría de ellos forman parte de mis recuerdos, otros, más antiguos, lo son de mis escuchas y lecturas. El primero, en realidad fue un torero «distinto», pues su tauromaquia era «distinta». Su nombre, Tancredo López Martín, conocido como *Don Tancredo*; el segundo fue un torero a caballo y a pie, pero mujer... y diosa. Su nombre, Conchita Cintrón. Dos grandes personajes, a los que desde aquí brindo mi modesto, pero más sincero homenaje.

De los que vi torear, el primero es el maestro, Domingo Ortega; el segundo es un torero, irreplicable, que marcó una época en la posguerra: Manuel Rodríguez, *Manolete*. Le siguen otros, de los que tengo un grato recuerdo. Si por algún motivo he de referirme a algún torero o personaje que aún esté en activo, lo haré sin revelar su nombre.

Con todos los toreros que lo componen, en mayor o menor medida, me identifico con ellos. Dijo Rafael Ortega Gómez, sobrino de Joselito el Gallo, que «el mejor aficionado es el que más toreros le caben en la cabeza». Parece acertada esta afirmación. De todos modos, creo que habría de completarla así: siempre que a estos toreros les cupiera en la suya todos los encastes; o sea, más toros. Entonces estaría de acuerdo totalmente con ella.

En 1789, en las negociaciones previas de una muy importante corrida en Madrid,³ el señor Corregidor le preguntó al maestro rondeño, Pedro Romero: «¿Aceptaría usted torear toros castellanos?», a lo que contestó: «Yo mato cuantas reses pasten en el campo. ¿Pero por qué me pregunta eso?»; «Porque sus compañeros, Costillares y Pepe Hillo, aquí presentes, no quieren torearlos», le aclaró. Luego, Pedro Romero comentó a sus allegados: «Sentí vergüenza ajena. Si a mí me hubiera pasado este lance, allí me hubiera caído muerto de repente.» Juan Belmonte, el torero considerado más trascendental en la evolución de este arte, alcanzó el cenit de su popularidad al acariciar la mazorca de un toro de Miura, en la Real Maestranza de Sevilla: un «osado» desplante, de gran valor simbólico —en esos momentos el toro dejaba de ser el enemigo para convertirse en un amigo colaborador—, que causó un buen berrinche, según dicen, a don Eduardo. Cuando a Joselito el Gallo, el más sabio de los toreros, se le aconsejó no torear una corrida de Miura, de muy malas hechuras, que había sido apartada para Madrid,

³ Corrida que se celebró en la Plaza Mayor de Madrid, el 22 de septiembre de 1789, en homenaje a la exaltación de Carlos IV y a la jura del Príncipe de Asturias, su hijo Fernando.

contestó: «Si no la torease, Joselito el Gallo dejaría de ser Jose-lito el Gallo». Y, una vez más, recordemos que el último toro que mató Manolete fue también un miura, en Linares. Estos toreros, más todos los que, como ellos, «matan cuantas reses pasten en el campo», me caben, por supuesto, en la cabeza.

En la actualidad hay buenos toreros y se alcanzan grandes triunfos. Pero... ¿se torea? Para contestar a eso, recordemos que torear bien no es lo mismo que saber torear, y que, según Gregorio Corrochano, el arte del toreo consiste en «convertir el azar del toro en la necesidad de la lidia». Con el toro de hoy, con tantas ganaderías «comerciales», esta «necesidad» apenas existe. De ahí que surjan toreros que torear bien, pero centrad- os solo en pegar pases y más pases, sin sentido alguno. Y no hablemos de cuando se empeñan en alargar la faena, con pases de cara a la galería, clara señal de que no han toreado. Se decía: «Quien le ha dado cuarenta pases a un toro, es que no le ha dado cuatro».

El principal problema que tiene planteada hoy la Tauroma- quia es la poca diversidad en el comportamiento del toro, deri- vada de la poca diversidad de encastes. Un problema que preo- cupa más en Francia que en España, cuando debería ser al revés, pues es aquí donde está el origen de la tauromaquia y la cría del toro bravo.

No obstante, ya son varias las ganaderías que van recupe- rando la casta perdida y va saliendo cada vez más por la puerta de chiqueros un toro que nada se parece al «medio toro», blando, desmochado y descastado —«mucho agua se ha echado al vino», llegó a decir Antonio Bienvenida—, que propiciaron el nuevo público de posguerra, la irrupción del turismo, las exi- gencias de las figuras, la complacencia del público y su bene- volencia en la concesión de trofeos. Lo cierto es que, sobre todo en las plazas de primera, y no digamos en Francia, hoy el toro se cae menos y algunos toreros se afanan en lidiar más y mejor. Lo penoso es cuando ese toro, más que aceptable, es «artista». En este caso, el cartel, sea el que sea, no lo considero de interés, a no ser que se trate de un festival.

Tanto en un festival como en una corrida de rejonos, el toro, o novillo, debería salir íntegro, pues si se «arregla» para evitar riesgos —así justifican el «afeitado»—, se abusa del principal protagonista del rito y se mixtifica la Fiesta. Lo lamentable es que aún no somos conscientes de que este animal, escogido para el sacrificio, es, en todo caso, intocable. Nadie obliga a ponerse delante de un toro o un novillo, sea a pie o a caballo: quien no se atreva, que no se ponga.

Mis cuatro hijos comparten mi interés por los toros. Incluso uno de ellos llevaba amigos a la Plaza, no sin antes organizar charlas en casa, para que tuvieran cuando menos una noción de lo que es una corrida, quedando yo sorprendido del interés que este mundo les suscitaba. En cuanto a mis nietos, me satisfaría que tan sólo uno de ellos, después de leer este libro, me dijera: «He de ver una corrida contigo, abuelo».

Me imagino este día en el bar de la Plaza, ofreciéndole, antes de empezar la corrida, un terrón de azúcar impregnado de coñac, evocando viejos y entrañables recuerdos. Pero eso no lo podré revivir en Barcelona, porque aquí, en Cataluña, ciertos señores del «Parlament», que tanto se quejan ahora de falta de libertades, me arrebataron la mía de ir a los toros con mis nietos. Esto, como ya he dicho, sólo fue el principio, pues luego consiguieron un viejo y doble objetivo: cerrar la Plaza, y, con ello, eliminar un símbolo hispánico muy arraigado en Cataluña, pero incompatible con el «fet diferencial».⁴

La falsedad de estos «señores» políticos quedó bien al descubierto cuando, al mismo tiempo que prohibían las corridas, blindaron el «corre bou» —no vaya a ser que se pierda un voto en Tarragona—, a pesar de que el «bou» sufre más que el toro, toda vez que se le obliga a salir a la calle año tras año, mientras viva, cosa que hace muy «enterado» de lo que le espera —con el estrés que tal cosa significa—, al contrario de lo que sucede con el toro. Por otra parte, esa tradición —que respeto— es un

⁴ «Fet diferencial». Hecho diferencial, o una forma de hacer referencia a todo cuanto nos hace «diferentes» a los catalanes del resto de españoles.

espectáculo público por excelencia, pues lo puede ver gratis un niño de cualquier edad, en la calle, y no pagando para acceder a un recinto cerrado, como es el caso de la corrida.

Lo cierto es que a la mayoría de los políticos catalanes tanto el toro como el «bou» les importa poco. Y no escuchan cuando se les pone como ejemplo a nuestros vecinos franceses, que resolvieron este mismo «problema» con el debido respeto a una vieja tradición, la del Midi, región en la que no sólo ha habido siempre toros, sino, ante el último acoso serio de los antitaurinos, se les ha protegido por ley. Cosa que, con gran decepción de los puros animalistas, aquí se hizo con el «corre bou».

En Francia, conjuntamente con México y demás países taurinos de América, están pendientes de España para presentar la Tauromaquia en la UNESCO. A pesar de la trascendencia que tal cosa supondría para el futuro de la Fiesta, me temo que no seamos capaces de echar, una vez por todas, la «pata *pa lante*»

Por otra parte, con la importancia que tiene a nivel mundial la marca «Barcelona», ¿podemos imaginarnos la repercusión que tendría el hecho de que abriera de nuevo las puertas de su Plaza...? Sólo por eso, la empresa debería reconsiderar su postura y hacer el esfuerzo de abrirla. Claro que debería recibir la ayuda de todos, empezando por el Ministerio de Cultura, y con más motivo ahora, que la Tauromaquia ha sido reconocida como Patrimonio de Interés Cultural. Pero de momento, a pesar de tener la ley a su favor, esa histórica y emblemática Plaza permanece cerrada, sin dar señales de vida.

Pero Cataluña taurina sí existe. Así lo atestiguan la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña, con su actual presidente, Francisco March, y sus peñas en activo; las cuatro ganaderías de toros bravos, siguiendo en sus actividades a pesar de la trabas que se les pone; los ciclos de conferencias que se dan en la Casa de Madrid, en Barcelona, que en su día fundó Luis María Gibert, y después de su fallecimiento tomó el relevo el escritor taurino Fernando del Arco; una magnífica revista de toros, titulada *Caireles*, fundada por Juan López, *Juanele*, y continuada por este mismo escritor; dos programas de radio, uno en Hospi-



El autor de este libro, con su hijo Andrés, en el ruedo de la Plaza de Toros de Las Arenas.

talet, dirigido durante 25 años por el propio Luis María Gibert, y otro en Sant Boi, por José María Alarcón; los congresos taurinos organizados por Paco Piriz, de UTIAC; una escuela taurina, dirigida por Manuel Salmerón; la excelente compositora, doña Elvira Checa, famosa por el pasodoble «Puerta Grande», institucionalizado ya en todas las Plazas; la publicación de libros taurinos; la presencia en las ferias de España de pancartas pregonando «CATALUÑA ES TAURINA». Pero, sobre todo, existe un hecho de capital importancia conseguido por el ya mencionado Luis María Gibert, después de una ingente labor: depositar en el Congreso de los Diputados de Madrid, 610 000 firmas para que la Tauromaquia fuese considerada Bien de Interés Cultural, cosa que, después del consiguiente debate, no solo se consiguió, sino que fue elevada a Patrimonio. Esto supuso un logro, imprescindible, para poder presentar la Tauromaquia en la UNESCO y, con su reconocimiento, quedar protegida definitivamente. Pero, ¿la presentaremos...?

Para cerrar este prólogo, he hablar de un entrañable personaje, que fue actor de teatro, periodista, escritor y crítico taurino. Y amigo de sus amigos: Juan Segura Palomares.

Su pasión por los toros le llevó a ser, durante muchos años, presidente de la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña, en cuya época, de labor fecunda, se creó la Noche de Gala de la Tauromaquia Catalana, celebrada anualmente, con un extraordinario éxito de asistentes. En ella se entregaban numerosos premios, con el nombre Pedro Balañá Espinós, siendo el principal la Oreja de Mármol, del escultor Juan Mora.

Este mes de noviembre pasado ha fallecido, no sin dejarnos un legado en forma de un hermoso y sólido valor: la inquebrantable fidelidad a los suyos, a los amigos y en las causas que creía.